

LA DERECHA Y EL 25 DE ABRIL. IDEOLOGIA, ESTRATEGIA Y EVOLUCION POLITICA

Por JAIME NOGUEIRA PINTO

SUMARIO

I. ANTECEDENTES.—II. EL POST-25 DE ABRIL.—III. IDEOLOGÍA Y ESTRATEGIA POSIBILISTAS.—IV. LAS «RECTIFICACIONES» PARTIDARIAS Y EL CAVATISMO.

I. ANTECEDENTES

Analizar el binomio derecha-izquierda en Portugal después de abril de 1974 implica, de partida, un esfuerzo de conceptualización con respecto al primer término, tanto más cuanto, incluso sin entrar en perspectivas polémicas de calificación (véase, por ejemplo, la diversa extensión del concepto cuando es utilizado en los extremos del abanico político por derechistas o por un izquierdista radical, que le darán una amplitud totalmente diversa), nos encontramos inmediatamente de cara a indagar si estamos ante una acepción doctrinaria, un calificativo ideológico, una perspectiva sociológica y, sobre todo, si buscamos una *realidad sustancial definida de modo positivo* —la derecha como conjunto de doctrinas, corrientes, movimientos que históricamente encarnan o defienden ciertos valores— o sólo de forma negativa —«las derechas» o la no izquierda—. Nos podemos preguntar todavía si nos encontramos ante un fenómeno de calificación *dentro del nuevo régimen* —y «la derecha» serán, por ejemplo, los partidos no socialistas— o si se pretende analizar en una perspectiva metahistórica y dogmática el comportamiento de las fuerzas «de derecha» ante un régimen que desde el principio —en términos de legitimidad y mitos fundacionales, de matiz ideológico y constitucio-

nal— se reclamó de izquierda y desarrolló en ciertos campos, *ad limine*, políticas de izquierda. Después de excluir a la derecha.

Es compleja la delimitación ideológica e histórica de la derecha o de las derechas. En otro lugar, en el que nos ocupamos *ex profeso* del tema (1), presentamos como características comunes a las diferentes familias o tradiciones de derecha —la conservadora, la revolucionaria y la «nueva derecha»— *el pesimismo antropológico, el antiutopismo, el derecho a la diferencia, la propiedad, el nacionalismo, el organicismo y el elitismo*. También allí acentuábamos que, aunque sin renunciar a una cierta vocación de universalidad, la derecha, al contrario que la izquierda, rechazaba modelos uniformes de evolución, identificados con un optimismo y una linealidad histórica, y por eso preferíamos, en la fórmula de Prezollini, hablar de la derecha «como el conjunto de las derechas, de las que existen y de las que existieron...» (2).

Consideraciones previas

Hasta dejando al margen aspectos de mayor controversia, como los fenómenos representados o ligados a los movimientos fascistas europeos en la época entre guerras, que algunos asimilan a la «derecha revolucionaria» (v. gr., el nacional-socialismo alemán, el fascismo italiano, el nacional-sindicalismo falangista), pero que tienen inequívocos elementos «de izquierda» —romanticismo político, movilización de masas, una cierta creencia optimista en los líderes, o en una raza, Estado o nación sublimados como destino y proyecto, o los fenómenos del caudillismo populista latinoamericano (v. gr., el peronismo argentino, el getulismo brasileño)—, la búsqueda de una matriz de perfil nacional-conservador sigue siendo problemática. En verdad, tal vez porque la iniciativa política perteneció o fue históricamente atribuida a la izquierda, los movimientos «de derecha» quedaron con una especie de papel de freno o de traba, con frecuencia con vocación «restauracionista» o de «utopismo del pasado», aquel que, desde el siglo XVIII y el movimiento de las Luces, se tradujo y desarrolló en una cierta lógica y modelo unidimensional evolutivo por medio del que se convino llamar «la marcha de la historia» (3). En ese sentido, el movimiento fue siempre calificado o enten-

(1) Cfr. *Direita*, en *Polis, Enciclopédia Verbo da Sociedade do Estado*, vol. II, Lisboa, 1984, págs. 278-290.

(2) GIUSEPPE PREZZOLINI: *Intervista sulla Destra*, a cura di Claudio Quarantotto, Edizioni del Borghese, Roma, sin fecha, pág. 221.

(3) Véase, en este sentido, lo que desarrollamos en *Polis* a propósito de la *Esquerda* (loc. cit., págs. 1104-1118), refiriendo el racionalismo y linealidad evolutiva de la izquierda, que atribuye a la historia una marcha irreversible hacia el progreso.

dido por la izquierda, y las fuerzas que se le resistían calificadas como derecha. Pero la dificultad crece en el interior de los propios períodos de cambio, como es ejemplo clásico la Revolución francesa: en términos históricos, si la revolución estaba a la izquierda, la «derecha» venía a ser la reacción monárquica, legitimista, *chouan*, emigrada, católica. Sin embargo, en el interior de la propia Revolución entrarán en conflicto los «moderados» —girondinos— y los radicales —montañeses—. Entonces, los girondinos pasarán a ser «la derecha» —de la revolución— o la «izquierda moderada». Y dentro de los radicales políticos, como Robespierre y su grupo, y Saint-Just, el ideólogo romántico del jacobinismo y de la religión de la «virtud» revolucionaria y nacional, se han de destacar grupos más radicales, defensores del «comunismo económico-social» (4). Y, a su vez, en la ideología jacobina hay elementos —el «patriotismo» y nacionalismo republicanos, la idea de la razón de Estado, y de *salus populi*— que hoy se identifican especialmente con la derecha.

El siglo XIX seguirá esta matriz en el interior de la derecha. Es fácil, pero peligrosamente simplificador, llamar extrema derecha, por ejemplo, a los sectores ultramontanos y legitimistas, a los que rechazan la Revolución francesa en sí y por sí y pretenden, por ejemplo, «no una revolución al contrario, sino el contrario de una revolución»; ellos están inspirados en una especie de utopía regresiva que, curiosamente, tenderá a buscar sus modelos más en una Edad Media preabsolutista, precentralista, de monarquía agraria, feudal, paternalista, que en la monarquía absoluta o ilustrada de los siglos XVII y XVIII, que muchos teóricos legitimistas considerarán ya un estadio o paso de degradación en la senda de la perdición (5).

Del mismo modo, todo el análisis del pensamiento político tenderá a olvidar las características polémicas y pragmáticas —luego, fechadas y circunstanciales— de muchas de las obras maestra de tradición contrarrevolucionaria. Tal vez por eso, con el tiempo, tenderán a valorarse más los escritos de un Tocqueville liberal-conservador, más historiador, sociólogo y politólogo que filósofo, doctrinario y político, que las obras de los legitimistas más comprometidos —como un De Maistre o un Bonald—. Y también la suerte de las ideas dependerá de la lengua en que fueron escritas o del peso de los Estados donde fueron producidas, por lo que siempre Burke será más conocido que Lorenz von Stein, o el español Donoso Cortés, más estudiado

(4) Esta, por otra parte, es la interpretación dada por algunos historiadores marxistas a la complementariedad, secuencia y «armonización dialéctica» de las dos «grandes revoluciones»: la de 1789 y la de 1917. Una habrá comenzado una obra emancipadora que la otra completó.

(5) Véase, por ejemplo, JACQUES GODECLOT: *Le Contre-Révolution, 1789-1804*, PUF, París, 1961, y THOMAS MOLNAR: *La Contre Révolution*, UGE, París, 1972.

que los portugueses José Acúrsio das Neves o José da Gama y Castro. Y el reaccionario «constitucional» Chateaubriand, por el hecho de ser escritor romántico y estadista, y autor, por encima de todo, de esas fabulosas *Mémoires d'outre-tombe*, tendrá más audiencia que su compatriota Rivarol.

Por otro lado, la matriz «derecha/izquierda» varía inmensamente con la tradición politológica del área geográfica a que se refiere. Podrá argumentarse que el reconocimiento de esta «variación» ya es una actitud «de derecha», ya que la izquierda, historicista, internacionalista y culturalmente solidaria más allá de las fronteras, buscará más las líneas de homogeneidad ya entre los «movimientos de progreso» ya entre las «fuerzas reaccionarias». Pero un conservador norteamericano o inglés tendrá ideas muy distintas sobre el Estado y la economía de las de un nacionalista francés o italiano, siendo así peligrosa cualquier asimilación que no tenga en cuenta, ante todo, la clásica distinción entre las tradiciones insular y continental (o maquiavélica) del pensamiento político que relacionan, en el rastro de los estudios de Hintze, la configuración de los Estados o su régimen interno constitucional (6).

La matriz histórica de la derecha en Portugal está determinada, con alguna que otra especificidad propia o autónoma, por la matriz general de la derecha europea continental, desarrollada en dos perspectivas: por un lado, una afirmación de valores propios; por otro, un aspecto polémico de reacción, respuesta o anticipación a la izquierda. Además de eso, en la línea que anteriormente reseñábamos, coexisten una derecha en el sistema o en el régimen (por ejemplo, los cartistas conservadores en el marco legal de la era constitucional iniciada en 1834) y la derecha histórica (o metahistórica), que representará, con los miguelistas, la oposición al régimen y que tiene una cierta continuidad a nivel de influencia doctrinaria y hasta popular regional, aunque no tenga ni ocupación ni participación en el poder político (7).

El posicionamiento es coherente con la problemática de la época, que es, en el siglo XIX, una problemática general de la Europa posrevolucionaria. El ascendente de los tradicionalistas contrarrevolucionarios —defensa del «orden» católico y monárquico anterior a la Revolución, concepción provi-

(6) OTTO HINTZE: *Historia de las formas políticas*, edición castellana, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1968, págs. 15-37.

(7) Utilizamos aquí la distinción oposición *al régimen* y oposición *en el régimen* a partir del rechazo o de la aceptación, en términos de legitimidad, de sus fundamentos y reglas de juego. Tal vez el ejemplo más paradigmático en términos de legitimidad, en el sentido que le da, por ejemplo, C. J. Friedrich, sea el rechazo del conde de Chambord, Henrique V, de aceptar la bandera tricolor, condición *sine qua non* para la restauración monárquica en Francia después del aplastamiento de la Comuna. Es un comportamiento antimachiavélico por excelencia.

dencialista de la historia, antirracionalismo, antiliberalismo, restauracionismo católico— marca simultáneamente el intento de una «teoría general de la contrarrevolución» (en Portugal son importantes en este campo las obras de Acúrsio das Neves o de Gama y Castro) o de una exposición más circunstancial y polémica centrada en la discusión de los derechos dinásticos de don Miguel o en la descripción de los maleficios revolucionarios y masónicos. Esta matriz contrarrevolucionaria coexistirá también y encontrará ciertas afinidades con las fuerzas de la «derecha» constitucional, que, dentro de la aceptación del orden instaurado en 1834, procurarán preservar el poder moderador de la corona, la existencia y papel de la Segunda Cámara hereditaria y formas de sufragio restringido, al mismo tiempo que resucitarán, paralelamente a sus congéneres franceses, un nacionalismo histórico, romántico, literario, católico y neomedievalista (8).

Estas líneas de fuerza, a las que se unirá después de 1870 el posicionamiento con relación a la «cuestión social», donde difieren fuertemente «derechistas» históricos y la derecha del sistema, ayudan a entender la persistencia de residuos muy fuertes, de cariz contrarrevolucionario y antiliberal, en la derecha portuguesa. Y esto tal vez porque, habiendo quedado asociada la Revolución de 1820 a la subsiguiente pérdida del Brasil (que provocó un trauma nacional paralelo al de la descolonización contemporánea), y habiendo sido el fin de la guerra civil entre don Pedro y don Miguel o entre liberales y absolutistas, más la consecuencia de las circunstancias exteriores, que aislaron diplomática y financieramente a los legitimistas, que el saldo de una confrontación real y de una conquista ardua del poder por los constitucionalistas, los gérmenes de contestación permanecieron en la periferia, sobre todo en las provincias y en el norte, no estableciéndose nunca una general aceptación del nuevo régimen, que para sus enemigos será siempre un «producto de importación forzado», «extranjerizado», «masónico», y confundido con los clanes de hombres de negocios que, a partir de 1834, se habrían enriquecido con los «bienes del clero» y con el reparto de las propiedades de los vencidos.

Esta línea explica también la relativa falta de partidarios celosos y entusiastas de la institución monárquica liberal cuando, sobre todo a partir de 1891, los republicanos inician una estrategia de propaganda, conspiración y asalto directo e indirecto al poder. Muchos monárquicos tradicionalistas veían en la dinastía y en los partidos Regenerador y Progresista formas co-

(8) Sobre el primer período del constitucionalismo monárquico portugués, entre las obras de referencia histórica, más allá de *Portugal contemporâneo* de OLIVEIRA MARTINS, son de gran interés las *Memorias* del MARQUÊS DA FRONTEIRA.

rrompidas de las instituciones monárquicas y no se preocupaban mucho por su suerte. Lo mismo sucedía entre los católicos.

Así, sólo la proclamación de la República en 1910, en un movimiento de bajas graduaciones de la Marina y del Ejército, secundado por civiles armados y movilizados por la acción revolucionaria de la Carbonária, volverá a contribuir a una cierta unidad de las derechas. Estas habían seguido con entusiasmo y simpatía la acción dictatorial kaiseriana de don Carlos y João Franco —gobernar sin y hasta contra los partidos, apoyado en el poder real y en la fuerza pública—, pero se habían desmovilizado con la muerte del Rey y la consiguiente caída del primer ministro. Pero en la matriz franquista —que recuerda en esquemas y formas pensantes la Dictadura de Primo de Rivera en España— se han de encontrar muchas de las formas de reacción militarizada, autoritaria y defensora del orden, a la que recurrirán, en los años siguientes, las mismas fuerzas (9).

El movimiento conocido como Integralismo Lusitano es la primera tentativa —y tal vez, con la excepción del pensamiento y Gobierno salazarista, la más completa— de un *corpus* doctrinal y estratégico de la derecha en Portugal. Nace al amparo de la coyuntura intelectual europea de la época —son profundas en contenido, en estilo y hasta en estrategia dialéctica y crítica las influencias del maurrasismo y de la «Action Française»—, pero también cristaliza mucho en los problemas polémicos de dar respuesta a la hegemonía jacobina en la opinión y en el gobierno. Por ejemplo, hay toda una obra de «revisión histórica» —paralela a la crítica conservadora, en Francia, de la Revolución francesa y a la rehabilitación de personalidades, instituciones y períodos que la historiografía liberal del siglo XIX había ennegrecido y olvidado—: don Juan III, la Inquisición, don Juan V, doña María I, don Miguel; los doctrinarios integralistas y otros historiadores monárquicos, como Alfredo Pimenta, reexaminarán, con minuciosidad y preocupación rehabilitadora, tales figuras, períodos o instituciones, al mismo tiempo que harán el balance crítico de personalidades exaltadas por los liberales —Pombal, don Pedro, el «terror liberal» después de 1834—; el tema de la influencia extranjerizante —sobre todo británica— en los liberales será una constante, e incluso la denuncia de la «Teoría de la conspiración» masónica, internacionalista y anticatólica.

Pero, por otro lado, habrá un esfuerzo crítico, de tipo deductivo y racionalizante, por demostrar las ventajas y excelencias de la institución monárquica, recurriendo no sólo a una argumentación muy extendida por los mau-

(9) Sobre el franquismo portugués véase, por ejemplo, RODRIGUES CAVALHEIRO: *A Evolução Espiritual de Ramalho*, Clássica Editora, Lisboa, 1962, págs. 237 y sigs.

rrasianos, sino volviendo a los teóricos tradicionalistas del siglo XIX —Gama y Castro, Penalva, Acúrsio das Neves y otros (10).

La matriz derechista del integralismo será así monárquica, antiparlamentaria, municipalista, para-autoritaria y católica, y, también, en cierta medida, hispanista y antibritánica, por medio, sobre todo, de la obra de António Sardinha. Un cierto medievalismo neorromántico y un carácter literariamente arcaizante traerán un componente populista, ya que el pueblo (entidad metahistórica, transpersonal y orgánica, pero que encuentra expresión en una especie de conciencia nacional manifiesta en períodos críticos —Revolución de 1383-85, Restauración, miguelismo—) tendrá este comportamiento positivo, en contraste con las élites, sobre todo urbanas, que marcarán un sentido más extranjerizado, interesado, «maquiavélico», en los asuntos nacionales.

También en el balance de la doctrina integralista surgirían ya otros temas muy importantes de la futura tradición derechista: el ultramarinismo, en las referencias a la «epopeya del Imperio» y a la glorificación de los «héroes de Africa» de las campañas de ocupación y pacificación de finales del siglo XIX, y una cierta llamada, aunque poco precisa, a la insurrección armada de los militares (11).

Muchos de estos componentes, sobre todo los no específicamente dinásticos, se expresarán en el sidonismo, que será un caudillismo militar populista, un cesarismo republicano personalizado en la figura del Presidente-Rey y en el rechazo del jacobinismo republicano, en cuanto régimen de «confusión partidaria», de feudalización caciquista y de demagogia anti-religiosa. Aunque fenómeno mestizo por su componente de antipartido democrático, el sidonismo se presenta como una matriz importante de la futura derecha portuguesa: *bonapartista, populista, patriótico, interclasista y conservador, buscando estabilidad gubernativa y orden, por encima de todo.*

El 28 de mayo de 1926 presenta características de «revolución mestiza» (Alfredo Pimenta), ya que fue, en primer lugar, una revolución contra lo

(10) Cfr. FERNANDO CAMPOS: *O Pensamento contra-revolucionário em Portugal* (Sec. XIX), Ed. de José Fernandes Júnior, Lisboa, 1931; LEÃO RAMOS ASCENÇÃO: *O Integralismo Lusitano*, Edições Gama, Lisboa, 1943; JESÚS PABON: *A Revolução Portuguesa*, Lisboa; ANTÓNIO JOSÉ DE BRITO: *Destino do Nacionalismo Português*, Lisboa, 1961, y *Reflexões sobre o Integralismo Lusitano*; y colecciones de las revistas *Nação Portuguesa e Integralismo Lusitano* y diario *A Monarquia*.

(11) Cfr. las obras citadas en la nota anterior, así como DOUGLAS WHEELER: «Mouzinho de Alburquerque (1855-1902) e a política de colonialismo», en *O Século XIX em Portugal*, coordinación de Jaime Reis, Maria Filomena Mónica y Maria de Lourdes Lima dos Santos, Editorial Presença/Gabinete de Investigações Sociais, Lisboa, 1979, págs. 325-349.

que (incluso en las filas republicanas) se llamó la «dictadura» del Partido Democrático. Se puede decir —y es incluso la interpretación de Vasco Pulido Valente— que, habiendo fracasado las posibilidades de alternativa de-rechista en el orden establecido, el monopolio de los demócratas condujo a que contra ellos se coaligase un amplísimo abanico de fuerzas, desde republicanos «históricos», preocupados por restituir al régimen la «pureza» de los ideales del 5 de octubre, hasta los más radicales enemigos del régimen, como los integralistas, pasando por republicanos conservadores, sidonistas, católicos y hasta una incipiente tecnoburocracia, civil y militar, que se quejaba de la inoperancia del régimen (12).

Y también la Primera República hostilizó activamente a dos instituciones clave de la sociedad portuguesa: la Iglesia católica y el Ejército, instituciones que si no acostumbran a protagonizar un intervencionismo político activo y permanente, tienen, con todo, una filosofía de «techos de tolerancia» con relación al Estado y a la sociedad, en el sentido que se mueven hacia la esfera de lo político cuando consideran que sus derechos, libertades y hasta su visión de conjunto de la comunidad son afectados y puestos en entredicho por el sistema político o por el régimen. Así, la intervención militar de mayo de 1926, cuyas operaciones culminan alrededor de una semana después con la entrada triunfal de Gomes de Costa en Lisboa, tiene esa característica institucional y funcional de autosustitución por las Fuerzas Armadas de la clase política, partiendo del principio de que ésta ya no es capaz o no posee los instrumentos para la normal representación nacional en términos de legitimidad de ejercicio del poder.

En cuanto al régimen fundado entonces, el «Estado Novo», resultará, en términos de ideología, de práctica filosófica y de instituciones, de un complejo de acontecimientos y equilibrios de fuerzas y corrientes de pensamiento, que podemos sumariamente enunciar y ecuacionar del modo siguiente:

Los movimientos y choques de fuerzas en el seno de la institución militar, que van desde el 28 de mayo de 1926 hasta el 7 de febrero de 1927, manteniéndose en el período la polémica entre los gradualistas y reformistas —que no quieren una ruptura con el orden republicano— y los partidarios de una «línea dura» de cambios. La conspiración de los demócratas, que se salda el 7 de febrero, y su fracaso confirman la victoria de la línea dura y el paso del *no return point* revolucionario (13).

(12) El 28 de mayo de 1926 fue en este sentido una revolución de «composición mestiza», explicándose de este modo el complejo juego de fuerzas y luchas internas en el espacio del poder entre 1926 y 1928.

(13) Cfr. GUILHERME BRAGA DA CRUZ: *A Revista de Legislação e de Jurisprudência. Esboço da sua História*, Coimbra, 1975, págs. 686 a 701. Las notas a pie de pá-

— El debate ideológico, en el que el peso de las doctrinas integralistas, con amplia influencia en los jóvenes universitarios, llevará al triunfo de una línea de *nacionalismo autoritario, con fuerte componente contrarrevolucionario, pero también influenciado por el catolicismo «social» y por un discurso populista de las experiencias fascistas europeas, que se acentuará en 1936 con la guerra civil de España.*

Estos componentes serán sintetizados y coordinados en el «arbitraje» salazarista, que a partir de 1933 contará con el apoyo incondicional del Ejército, y cuya evolución tendrá una temperatura que oscilará, principalmente, *a merced de la evolución ideológica del concierto euroamericano, primero en un equilibrio entre el autoritarismo fascista del Eje y los imperativos geopolíticos del vínculo a Inglaterra, y que, después de la Segunda Guerra Mundial, buscará una coexistencia entre el modelo interno y el marco de la OTAN, definido positivamente en una defensa del «Occidente» y en el anticomunismo activo de la guerra fría.*

El salazarismo apostará por un nacionalismo conservador, autoritario y católico. El apoyo de las Fuerzas Armadas hasta 1961 dará a Salazar espacio de maniobra para negociar un compromiso entre las fuerzas que en 1926 habían contribuido a la caída de la República y definir las reglas del juego y del equilibrio entre las diversas derechas. Tolerando las manifestaciones intelectuales y doctrinarias de monárquicos, católicos y liberales, y hasta germanófilos fascitizantes, nunca, al contrario que Franco, les dará una representación organizada tácita (coexistente o alternativa) a nivel del poder. *O sea, hay reparto de influencia, pero no hay división de poder.* Este se ha de concentrar en las manos del jefe del Gobierno, del Ministerio y de la Administración Pública, funcionando la organización política oficial —la Unión Nacional— como un mero brazo electoralista y sujeto al poder político. Que también entenderá así a la Asamblea Nacional y la Cámara Corporativa, que serán instancias de debate o válvulas de escape, pero no tendrán, en términos de representación o de opinión, los poderes reales correspondientes a sus atribuciones legales.

Se puede decir que en vísperas del 25 de abril lo que identifica a la derecha —o a las derechas— en Portugal es una línea de unidad en torno de la defensa de Ultramar (aunque con fluctuaciones y diferencias en cuanto al sistema institucional y al régimen constitucional de la «unidad nacional», del que son reflejo las diferencias entre «integracionistas», unitarios y federa-

gina, a partir de la página 639, constituyen valiosos elementos para la historia del período de la dictadura militar, 1926-1928.

listas) y la defensa de una transición controlada del régimen político que mantenga al Partido Comunista separado del área del poder y de decisión (14).

Fuera de estas generalidades, habrá que añadir la formación de clanes en torno de personalidades políticas, los barones del salazarismo y la mayor adhesión u hostilidad a la política personal de Marcello Caetano. Con excepción de una línea «renovadora» o «revivalista» (consonante a opinión del observador) de los temas del nacionalismo populista, donde la retórica anti-oligárquica se suma a la preocupación de la «unidad nacional» y a la prioridad de la defensa, y que repetirá algunos de los *leitmotiv* de la «Argelia francesa» (tentativa de movilización de los ex combatientes, llamadas a la insurrección militar, contestación del «entreguismo» marcelista), la expresión intelectual e ideológica de estos núcleos está en los ya referidos movimientos de intelectuales y de jóvenes en las universidades, especialmente en Coimbra.

II. EL POST-25 DE ABRIL

Es fácil de comprender que el 25 de abril trajo una decisiva conmoción a este marco, o mejor, lo destruyó totalmente. Desde luego, la identificación, después del golpe, de *la derecha con el régimen vencido y la galopante radicalización del proceso político-militar que culmina, el 28 de septiembre de 1974 y el 11 de marzo de 1975, con una clara hegemonía de los elementos más radicales del MFA y del Partido Comunista, neutralizó cualquiera de las tentativas de recomponerse y organizarse de la derecha dentro del marco del nuevo régimen*. Este fue el caso, por ejemplo, del Partido del Progreso —constituido por elementos ligados a los grupos nacionalistas e integracionistas independientes de los años sesenta y setenta—, que inmediatamente después del 28 de septiembre fue objeto de la acción represiva del COPCON, habiendo sido encarcelada o forzada a exiliarse en el extranjero la mayor parte de sus dirigentes (15).

La misma suerte corrieron los cuadros de la derecha oficialista o del salazarismo, que desde luego fueron alcanzados por las leyes de proscripción po-

(14) Cfr. nuestro *Portugal os Anos do Fim*, 2 vols., Ed. Jornal Português de Economia e Finanças, Lisboa, 1976-1977.

(15) La neutralización de la derecha fue realizada según esquemas propuestos y métodos del Partido Comunista, utilizando un sistema de informaciones y seguridad paralelo y activando a los militares que el PC controlaba en el MFA. Tácticamente se desarrolló en un frente «antifascista» con división de la oposición, aislando finalmente a los socialistas.

lítica y también por la prisión, según criterios de funcionalidad anterior o de eventual peligrosidad para las «instituciones democráticas» (16).

Como tercer aspecto del problema, la descolonización acelerada promovida por el Gobierno de Lisboa —sin cumplimiento de las etapas primitivamente apuntadas en el programa del MFA y prometidas (cese el fuego, pacificación y autodeterminación)— robaría a la derecha aquello que, a falta de un proyecto doctrinal o ideológico autónomo, era su punto de referencia político más importante: la defensa del Ultramar o de la integridad nacional.

Son también estas circunstancias —la represión violenta y la prohibición oficial de organización política legal— las que explican que, a corto plazo, la derecha o sus elementos más activos, ante la neutralización política, se van a encarrilar por dos caminos: por un lado, sobre todo a partir del 28 de septiembre, surge en muchos la idea de lucha clandestina contra el poder del MFA y del PC, en Portugal o desde el exterior. Por otro, la afiliación y las alianzas tácticas con los partidos políticos situados menos a la izquierda en el abanico partidario, o sea, con las fuerzas toleradas, en una lógica de alianzas pragmáticas destinadas a abatir al «enemigo principal»: el PC.

Desde aquí, entre el 28 de septiembre de 1974 y el 25 de noviembre de 1975, una compleja tela de actitudes, tácticas y estrategias, que se convertirán en formas legales y marginales de lucha, que van desde un amplísimo «frente anticomunista», con Mário Soares, al fomento e integración en organizaciones populares activistas del tipo del «levantamiento del Norte» y los asaltos a las sedes del PCP, hasta la participación en estructuras clandestinas con vocación hacia la resistencia armada, como el MDLP o el ELP. Este fenómeno ha de repercutir también, externamente, en los territorios del antiguo Ultramar, por ejemplo, en la guerra civil de Angola.

En cuanto al abanico político oficial, el mismo surgiría ya en el espíritu de las leyes y de las instituciones ya en la oficialización controlada por el pacto MFA-partidos como excluyente de la derecha. En verdad, los partidos en los que se pretende reconstituir la derecha —el Partido Liberal, el Partido del Progreso, el Movimiento Nacionalista Portugués, el Partido de la Democracia Cristiana— son oficialmente extinguidos o tienen a sus líderes e instalaciones detenidos y saqueadas. Con base en episodios nebulosos, de pretendidas conspiraciones o golpes, los elementos radicales del MFA y el Partido Comunista fuerzan una exclusión de derecho y de hecho de la derecha,

(16) Esta línea de «indignidad nacional» afectaría también a ciertas categorías de personas que, en un período posterior a la Revolución, estarían privadas de derechos políticos.

como tal, del abanico político, al mismo tiempo que extienden, por un proceso de autojustificación, *la clasificación de derecha a todas las fuerzas políticas no marxistas e incluso al propio Partido Socialista.*

Surge de aquí una característica muy importante para el problema que estudiamos: como el control de la «idoneidad» política ejercido por la izquierda radical se hizo, sobre todo, a nivel de los textos programáticos y de las personalidades de los líderes, por eso desaparecerán cualesquiera de los elementos ideológicos o cualesquiera de los dirigentes que pudiesen llevar a la automarginación por el discurso y el poder dominantes. En cuanto a las personalidades, les fue exigido, en cierto sentido, ya un currículo «antifascista», ya una profesión de fe entregada a los propósitos de la Revolución.

Esto haría que en los dos mayores partidos no socialistas, el PPD y el CDS, *los programas estén a la izquierda de los líderes, y éstos, a la izquierda de los militantes y de los electores.* En el sistema de democracia vigilada de 1974-75, período fundacional y de organización de estas fuerzas políticas, reside la clave de ciertas anomalías semánticas e ideológicas de las fuerzas políticas principales del régimen. Así, se han de encontrar expresiones unánimes de adhesión al «socialismo» («la concepción y ejecución de un proyecto socialista viable en Portugal, hoy, exige la elección de los caminos justos y equilibrados de una socialdemocracia», se lee, por ejemplo, en uno de los primeros documentos del PPD-PSD).

III. IDEOLOGIA Y ESTRATEGIA POSIBILISTAS

El partido más «a la derecha» del sistema será el CDS. Analizando el período fundacional del partido, que es también el del PSD, se verifica, curiosamente, que las personalidades que están en la base de ambas fuerzas tienen perfiles generacionales, políticos y hasta de modelo de relación con el régimen anterior paralelos: si el PSD es, con mucho, la emanación del «ala liberal» de la Asamblea Nacional de 1969 —Francisco Sá Carneiro, Francisco Balsemão, Magalhães Mota, Mota Amaral—, el CDS trae el componente jurídico y tecnocrático que colaboró a nivel de estructuras tecnoburocráticas o institucionales con la Administración de Marcello Caetano —Freitas do Amaral fue miembro de la Cámara Corporativa; Adelino Amaro da Costa, colaborador del GEPAE; Basilio Horta, dirigente local de la Acción Nacional Popular (17).

(17) Estas distinciones funcionan sobre todo a nivel de cuadros y de las grandes ciudades de Lisboa y de Porto. En las provincias y en la periferia, los elementos locales

En cuanto a los cuadros locales, una observación atenta demostrará que integrarán a muchos «notables» que, familiar o funcionalmente, están ligados a los cuadros del régimen anterior, a la par que, en el PSD, recién nacidos para la política y cuadros de la clase media productiva. En el PSD se contarán, por algún tiempo, algunos elementos opositores republicanos (Emídio Guerreiro, Rodrigues dos Santos, Leonardo Ribeiro de Almeida), muy bien acogidos en la época porque eran portadores de alguna tradición «antifascista», que ayudará a las declaraciones de «democraticidad» exigidas por el MFA. Lo mismo pasará, por ejemplo, con el PPM, que movilizará, sobre todo, a los monárquicos antisalazaristas.

La derecha histórica se separará (o será separada), como vimos, de la política activa; en cuanto a la derecha independiente, se puede decir que, en una primera fase, mantendrá especialmente una estrategia marginal, que parecerá a punto de funcionar en el momento en que la intensificación de la violencia y de la represión gonzalvista estará a punto de radicalizar la oposición del régimen y de favorecer *la oposición al régimen*. Sin embargo, el papel de Mário Soares, rompiendo en enero de 1975 el Frente Popular con la cuestión de la «unidad sindical»; la política de los Estados Unidos, que favorecerá abiertamente la hegemonía de los socialistas, y además, la ausencia de líderes autónomos, llevará, por ejemplo, a que el 25 de noviembre no exista una explotación política del éxito militar del contragolpe, ya que los elementos militares entonces responsables de la coordinación de las operaciones, o no tienen una perspectiva estratégica de la maniobra, o apuestan por su control institucional, recelando ir más lejos y dejando que el PCP sobreviva con mucha fuerza residual.

De aquí resulta el éxito de la solución *thermidoriana* post-25 de noviembre, que sacrifica exclusivamente a la extrema izquierda espontaneísta y salva no sólo al Partido Comunista, sino también a la propia influencia de éste y de sus aliados objetivos (o subjetivos) del Grupo de los Nueve, y el núcleo de izquierda gradualista, que buscará una solución que impida, a cualquier precio, la «vuelta de la derecha».

El período post-25 de noviembre contendrá todavía algunos elementos fuertes de inestabilidad institucional y de componente militar en política. Por un lado, a nivel de las Fuerzas Armadas hay un desequilibrio importante entre la jerarquía y el comando de las fuerzas operativas —que vuelve a las manos de militares «operacionales», de simpatías nacionalistas y conser-

y familiares ligados a la Acción Nacional Popular tenderán muchas veces a integrarse en el PSD, que, más «a la izquierda», no tendrá tantos «scrúpulos» en admitirlos como el CDS, objeto de más control y vigilancia revolucionaria.

vadoras— y la estructura del MFA «gradualista», encarnada en el Consejo de la Revolución y en su componente histórico de los «militares de abril». A nivel de la sociedad civil, se mantienen las secuelas del trauma de la descolonización y de los refugiados de Africa, de la frustración de los núcleos activistas de la resistencia antigonçalvista y del que algunos consideran como un componente weimariano dictado por esta coyuntura: derrota militar, frustración nacional, resaca del peligro comunista, inflación alta, miedo e inseguridad de las clases medias y estancamiento económico provocado por las socializaciones y ocupaciones salvajes de 1974-75, que desorganizan el aparato productivo y vienen a recibir fuerza constitucional en la Constitución de 1976. Esta será elaborada y votada por una Constituyente elegida en estado de necesidad y en el período «vigilado» de abril de 1975, y que trabaja en clima de presión y coacción, ilustrado por numerosos episodios, como el célebre cerco de la Asamblea Constituyente.

Por otro lado, no surge un cambio de lenguaje y de clima, a nivel ideológico e informativo, que proceda a la rectificación de los cambios entre tanto operados en el terreno, tanto más cuanto el Partido Comunista logra mantener santuarios de poder e influencia a nivel político-social y hasta territorial, y ya en el PS, ya en el PSD y CDS, se mantienen o una tónica de fundamentalismo abrilista —que, consecuentemente, mantienen el tabú antiderechista— o un rechazo de cualquier inflexión que pueda abrir espacio a una autonomización de fuerzas políticas de derecha.

Las tentativas en este sentido —por ejemplo, la del general Kaulza de Arriaga y del MIRN— se muestran tímidas y de escaso éxito. Kaulza de Arriaga capitalizó prestigio en el largo encarcelamiento, sin imputación formal, al que le sometieron los hombres del MFA, pero en la constitución del MIRN no logró quebrar, decididamente, los tabúes centristas (18).

A su vez, el CDS «histórico», que en abril de 1976 aparece como el gran beneficiario electoral de los cambios operados mientras tanto, pasando del 7 por 100 en las constituyentes al 16 por 100, se muestra determinada-mente adverso a cualquier iniciativa «a la derecha» —de la que sería víctima—, así como de cualquier modificación de su liderazgo.

En cuanto a los núcleos de «derecha independiente», que se recomponen y reconvierten a partir de 1976, la idea principal es que no interesa ni es ventajoso, para el futuro de la derecha, la cristalización o creación de fuer-

(18) La evolución hacia la autoadmisión del calificativo derecha será tardía y en una fase en la que ésta ya será admisible y, por eso mismo, menos importante y determinante.

zas políticas autónomas derechistas, ya que el Partido Comunista tiene todavía mucho peso en la sociedad y en el Estado, y que el propio sistema electoral y su práctica de defensa popular contra el «mal mayor» llevarían a la marginación y reducción electoralista de una fuerza que, además, no tiene cuadros: los barones del salazarismo fueron neutralizados y no manifestaron capacidad para actuar en la nueva situación, y las nuevas generaciones con vocación política se alistaron en el PSD o en el CDS.

Fue, pues, idea tácitamente aceptada en las áreas de la derecha independiente y cultural *que sería, en el plano político, mucho más importante adocrinar e influenciar a los partidos políticos no marxistas en el sentido de una evolución hacia la derecha y favorecer intensamente a los dirigentes y grupos que en su interior la defendiesen* que crear fuerzas derechistas políticamente autónomas. Por el contrario, la idea de «combate cultural» y estrategia indirecta prevalecieron, tendentes, a semejanza de lo sucedido en Francia, en Inglaterra y en los Estados Unidos, a la constitución de *brain trusts*, núcleos de pensamiento y debate, cronistas y articulistas con acceso a los medios de comunicación para, a partir de ellos, influenciar a la opinión y a los partidos, aceptando el presupuesto de que la «derecha sociológica» votante respondería a esta acción, pero no estaba ni preparada ni dispuesta a arriesgarse en formaciones que acabarían por surgir como divisionistas (19).

Por otro lado, la hegemonía en la izquierda de Mário Soares y del Partido Socialista —atlantista, proamericano y anticomunista— y en el PSD de Sá Carnerio, que, ya en el interior del partido, ya después, en el proyecto AD, acabaría por tener un comportamiento dirigido por el *pas d'ennemi à droite*, dejando de lado «complejos de izquierda» y hostilización de los elementos de derecha, llevó a la convergencia hacia esta forma de actuación, si bien que, grupuscularmente y con poco éxito, se verificasen algunas incursiones de la derecha política como tal.

A nivel militar, la pacificación y el no intervencionismo defendidos por personalidades con fuerte influencia en el Ejército de Tierra y en las fuerzas especiales, como el general Soares Carneiro, influyeron también para que se dejasen a un lado tentaciones autoritarias que, por otra parte, se hacían exóticas a partir de finales de 1976, siendo visible, independientemente del mantenimiento de fuertes reservas al democratismo parlamentario y al socia-

(19) De esta acción cultural es ejemplo la revista *Futuro Presente*, fundada en 1980 por Jaime Nogueira Pinto, José Miguel Júdece, António Marques Bessa, Nuno Rogeiro, Victor L. Rodrigues y Manuel Avides Moreira, casi todos también cronistas y analistas habituales de la prensa portuguesa.

lismo, que, sin guerra en Ultramar, y desaparecido Salazar, los elementos antidemocráticos de la derecha se encontraban volcados hacia la obtención de una mayoría estable antisocialista que asegurase la funcionalidad de las instituciones y la liberación de la economía.

Son éstos los objetivos que encarna la primera AD de Sá Carneiro, que sufre, entre tanto, dos reveses simultáneos: la muerte del propio primer ministro y la derrota del candidato Soares Carneiro en la elección presidencial de diciembre de 1980.

La ideología de derecha sufrió, mientras, dos especies de transformaciones: las primeras están relacionadas con el propio fracaso histórico de toda la propuesta integracionista y de «nación euroafricana». Como consecuencia de ello, el nacionalismo portugués se volverá hacia la cuestión de la conservación de la identidad nacional en el contexto de las Comunidades Europeas —Europa de las Patrias, donde la integración económica y financiera no ponga en cuestión la independencia política— y el problema particular de la situación de Portugal en la Península Ibérica, a la que volveremos al final de este texto.

En una segunda perspectiva, la derecha cultural va a recibir, meditar y transmitir la problemática abierta, en Europa y en Estados Unidos, por varias corrientes de pensamiento —por otra parte, tradicionalmente, habría sucedido así más o menos pronto—, que contestarán, con relativa eficacia, la hegemonía de la izquierda, debilitada, a partir de los años cincuenta y sesenta, por el problema de la Unión Soviética y de las «vías para el socialismo». Y también, en teoría, por las consecuencias, para la ideología iluminista y optimista, no sólo de los fracasos de los socialismos reales en término de libertades públicas y de economía, sino de las secuelas, a nivel político-ideológico, de nuevas imágenes del hombre y del mundo a partir del balance de la Filosofía de las ciencias exactas y sociales —Física Cuántica, Biología, Antropología, Sociología y Politología—. También una renovación de la Filosofía política, a partir de autores neoconservadores como Léo Strauss, Voegelin, Jouvenel y el análisis neomaquiavélico y realista de los sistemas institucionales y del papel político arbitral de ciertas instituciones, como los militares en los nuevos Estados independientes y en la América hispánica, llevarán a la reconsideración de las grandes líneas de la filosofía dominante.

Sin detenernos en este capítulo, llamaremos la atención hacia la influencia —más polémica que dogmática— de corrientes como la «Nueva Derecha» francesa, que serán aceptadas entre nosotros, sobre todo en una perspectiva de crítica al izquierdismo dominante y de divulgación de las consecuencias de la nueva imagen del mundo y del hombre para la Antropología política y de las corrientes neoconservadoras anglosajonas en la perspectiva de la

rehabilitación de la economía de mercado y de la necesidad de la libertad económica para el desarrollo y la independencia nacionales (20).

Los temas de la nueva derecha —como la contestación del marxismo, sistema de base cientifista, en términos de la ciencia contemporánea—, la exaltación del «derecho a la diferencia» y de la revisión histórica contemporánea se han de encontrar, en Portugal, con una perspectiva neoconservadora anglosajona, en términos de rearme material e ideológico de Occidente y de apoyo a los pueblos sometidos al sistema soviético, con particular importancia para los pueblos de los antiguos territorios ultramarinos portugueses. Por otra parte, la crítica de la descolonización será un tema presente en los escritos de los intelectuales y analistas de la derecha, que generalmente defenderán la importancia de la defensa de la cultura y de alguna influencia portuguesa en Africa, y se empeñarán en la solidaridad con los movimientos de resistencia armada anticomunista, especialmente a la UNITA (21).

IV. LAS «RECTIFICACIONES» PARTIDARIAS Y EL CAVAQUISMO

La evolución dentro de los partidos no socialistas —PSD y CDS— se dará en el sentido de separarse de sus alas «históricas», generalmente consideradas más «a la izquierda», con relación a los militantes y electores. En este sentido, la «rectificación» conocerá una nueva fase después de la desaparición de Francisco Sá Carneiro, sustituido por Francisco Balsemão, que vendrá a perder el liderazgo del partido en beneficio de Carlos Mota Pinto, que gobernará con el Bloque Central, de hegemonía socialista, hasta su muerte. La contestación a la alianza con el PS será muy fuerte dentro del PSD, y puede decirse que la ascensión al poder de Cavaco Silva, en el Congreso de Figueira da Foz, marca la ruptura con la línea «histórica», sobre todo en una acepción de progresismo de centro-izquierda.

En verdad, Cavaco Silva retoma el discurso nacional y populista, dejando caer discretamente los viejos temas de retórica antifascista y del «socialismo democrático», que, por otra parte, no tenían ya mucho sentido exis-

(20) Idem, colección de *Futuro Presente*.

(21) Esta posición, ilustrada por los cronistas citados y otros, será tanto más importante cuanto los gobiernos marxistas africanos de Angola y Mozambique intentaran, a partir de 1987, constituir un *lobby* de intereses en Lisboa, apoyado en círculos de negocios y en el propio PSD, dejando el tradicional monopolio de representación del Partido Comunista.

tiendo el Partido Socialista, verdaderamente, de expresión socialdemocrática moderada, concretamente en materias de política exterior y de defensa.

A su vez, en el CDS, la rectificación despega o se abre con el abandono de Freitas do Amaral, que fuera el representante de la derecha orleanista —parlamentaria, liberal, gradualista y consensual—. En la crisis abierta por su salida, la victoria de Lucas Pires, un dirigente que tuviera responsabilidades y posiciones próximas a las generaciones integracionistas de Coimbra de los años sesenta y setenta y que marcaba la contestación a los «históricos», pero también una «revuelta de la provincia» contra la hegemonía de la clase alta y media alta de Lisboa, en un movimiento en que fue decisivo el apoyo de Adriano Moreira, antiguo ministro de Salazar, que marcaría una perspectiva más populista, católica y conservadora, haciendo una crítica más profunda y cultural del régimen y de las instituciones (22).

En cuanto al PSD, el advenimiento del liderazgo de Francisco Balsemão, identificado como un dirigente «histórico», y su posterior separación voluntaria, junto a la experiencia del Bloque Central bajo hegemonía socialista, conducirán también a una apresurada rectificación del partido. Aunque no haya, oficialmente, una «derechización» ideológica, el hecho es que la ascensión de Cavaco Silva, un dirigente técnico economista, con un pasado desligado de cualquier militancia política anterior al 25 de abril, y cuyo discurso retomará la temática nacionalista, populista y justicialista, significa también que se operó un cambio en la balanza de fuerzas interna del que pasaría en breve a ser el primer partido portugués.

Curiosamente, a esta transición contribuirá también el surgimiento del PRD, una formación de características híbridas que tendrá un papel esencial en la alteración de una cierta rigidez del comportamiento del electorado. Formado en base al prestigio funcional del entonces presidente de la República, general Ramalho Eanes, e identificándose con algunos temas de tipo populista y bonapartista —el PRD aparece, en cierta medida, como un partido antipartidos—, la razón de su principal éxito será el aprovechar el desencanto y las críticas, en el electorado de «izquierda», con relación al caciquismo parlamentarista del PS, que será, de este modo, su principal víctima, hecho confirmado por el análisis de las variaciones electorales. Este fenómeno favorecería a la derecha, pues al quebrar la rigidez y la habitualidad del voto del electorado socialista y al introducir un factor de inestabi-

(22) Adriano Moreira intentó, paralelamente, sustituir la raíz «centrista» por un ideario de raíz demócratacristiana que, entre tanto, no parece haber encontrado eco en la «derecha sociológica», más orientada hacia la línea populista de Cavaco Silva y de unidad contra la izquierda.

lidad de un «quinto partido» en el marco de cuatro, abre el camino para futuros cambios.

Estos se producen, sobre todo, en las dos últimas elecciones: la elección presidencial a dos vueltas de enero-febrero de 1986 y las elecciones parlamentarias anticipadas del 19 de julio de 1987. En ambas, curiosamente, el fenómeno derecha-izquierda y los fenómenos de liderazgo y carisma personales van a ser relevantes (23).

La elección de 1986 está marcada por la división de la izquierda, que presenta tres candidatos que corresponden a tres entendimientos, sensibilidades o familias de la izquierda tradicional portuguesa, contra la relativa unidad de la derecha en torno a un candidato que, por así decirlo, se anticipa y con eso gana la enorme ventaja de que, en la «derecha sociológica», cualquiera de sus competidores eventuales tenga la marca de «divisionista».

En la izquierda, Salgado Senha es el candidato «institucional», apoyado por el PCP, por el general Eanes/PRD y por parte del Partido Socialista. María de Lourdes Pintasilgo representa una especie de «nueva izquierda», intelectual, heterodoxa, espontánea, con vínculos a la tradición progresista católica y una tentativa de romantización de lo político. Mário Soares, de partida, es el candidato de la izquierda tradicional —republicana, liberal, de centro-izquierda, moderada y atlantista en política exterior—. Las tres candidaturas dividen interiormente a los partidos y refuerzan la quiebra de la continuidad electoral ya marcada por las elecciones parlamentarias de octubre de 1985. Soares y Pintasilgo consiguen quebrar la disciplina partidaria del PRP y del PC —oficialmente ligados a Zenha—, y el antiguo dirigente socialista queda segundo detrás de Freitas.

En cuanto a éste, toda la dinámica de la campaña apostó por el cambio y por la vuelta del primitivo proyecto AD. Se trata de «derrotar a la izquierda», y curiosamente es un dirigente de derecha orleanista quien llevará esta campaña, que la propia fuerza de las cosas transformará en una expresiva demostración de derecha populista, de tal modo intensa, que llevará a la izquierda a considerar para la segunda vuelta como objetivo prioritario derrotar a la candidatura de Freitas do Amaral, incluso al altísimo precio —para la dirección del Partido Comunista y el general Eanes— de apoyar a su archienemigo Mário Soares, que será elegido por un estrecho margen de poco más de cien mil votos.

Esta elección demostraba así, entre otras cosas, un profundo cambio en

(23) Aparentemente contradictorios, los resultados de las dos consultas son, no obstante, asequibles a una cierta armonización. Esto sin forzar, como parece ser la tentación de algunos analistas, una especie de «espíritu», hegelianamente omnisciente, del cuerpo electoral...

los comportamientos, ya que el candidato de la «derecha unida» perdía, por escasísima diferencia, ante un candidato de izquierda moderada, el cual, en la propia noche de la victoria, en el discurso público de reconocimiento de la misma, se encargaba de poner término al efímero «Frente Popular» que le apoyara, advirtiéndole que la mayoría electoral presidencial no era el embrión de una nueva fuerza política o de cualquier otra fuerza o plataforma, sino una mera concurrencia circunstancial de intereses y voluntades divergentes que, en el día siguiente, volverían a ser independientes y hasta hostiles. Lo que sucedió (24).

Por una de estas paradojas en que es fértil la historia política contemporánea portuguesa, lo que se decidió en la elección presidencial de febrero de 1986, más que la cuestión de si Portugal iba a tener un presidente de izquierda o de derecha, acabó por ser el liderazgo de la derecha. Al ser vencido Freitas do Amaral, éste pasó, inequívocamente, a Cavaco Silva, el primer ministro de un Gobierno minoritario, que tuvo el cuidado no sólo de separar, decididamente, los resultados parlamentarios y presidenciales, sino también de buscar un buen entendimiento institucional con el nuevo presidente de la República. En lo que fue correspondido.

En una segunda fase se puede decir que algunas de las metas marcadas por la derecha, en una estrategia de largo plazo, coincidirán parcial y objetivamente con las de Cavaco Silva, sobre todo en lo que tocara a neutralizar el excesivo poder de la izquierda y del Partido Comunista y a crear condiciones para una política nacional independiente y para una progresiva liberalización de la economía. Puede también decirse que Cavaco Silva retomó muchos de los temas que en Portugal fueron siempre muy queridos por la derecha y están en su matriz histórica: el populismo solidario, el nacionalismo pragmático, una cierta idea de antiideologismo, la búsqueda de un cierto autoritarismo y carisma como títulos de legitimación del cambio. En contextos históricos y con protagonistas muy diferentes, ya el sidonismo, ya el primer salazarismo tuvieron, fuera de su componente original militar, características funcionales y de espíritu que son reconducibles a la matriz histórica original (25).

(24) Mario Soares intentó, después de su elección, actuar con independencia del bloque que lo escogió, lo que consiguió hasta hoy, también creemos, debido a las funciones de «arbitraje» y «representación» que la Constitución prescribe al Presidente de la República.

(25) Nos referimos aquí esencialmente al «espíritu» inspirador de la gobernabilidad, y no, de ninguna manera, a la práctica gubernamental, que en el momento en que escribimos (invierno de 1987) parece marcada por un excesivo economicismo y tecnocratismo.

Otra víctima del liderazgo y del fenómeno cavaquista sería, en las elecciones anticipadas de julio de 1987, el CDS de Adriano Moreira, ya que hubo de batirse, en circunstancias y terreno desigual, con un proyecto sustancialmente idéntico para la masa del electorado de derecha, y que tuvo para ésta la atracción de estar más próximo del éxito garantizado (26).

(Traducción de LORENZO FERNÁNDEZ FRANCO.)

(26) En el momento de escribir estas notas, Adriano Moreira ya abandonó voluntariamente la dirección del CDS, habiendo sido sustituido por Freitas do Amaral, que se ha esforzado por dar al CDS una imagen de centrismo liberal, de derecha «orleanista».